

supo pasar desapercibido, merece reconocimiento público por su personalidad y su obra filosófica. Permítanme concluir con el verso de Juan Ramón Jiménez: “que corra la gracia del agradecimiento”.

Angel Luis González
Catedrático de Metafísica
Universidad de Navarra
e.mail: algonzal@unav.es

* * *

Palabras de agradecimiento de Leonardo Polo con motivo de la imposición de la Cruz de Carlos III del Gobierno de Navarra

Empezaré dando las gracias por la distinción que me han otorgado. En gran parte, mi gratitud se debe a la elogiosa estimación de mi persona que la acompaña. Dicha valoración hace innecesaria la mía propia, que, desde luego, sería menos benévola. Seguramente puedo decir algo parecido a lo que expresé al recibir el título de doctor *honoris causa* en una universidad en pleno desierto del norte del Perú, al resumir mi aportación. Entonces señalé que había contribuido con algunos granos de arena. El público que me escuchaba esperaba que prosiguiera en este tono, pero mi natural emoción cortó casi en seco mi irónico discurso. Aunque en Navarra no se puede hablar de desiertos fuera de las Bardenas, mi contribución a su progreso científico no es mucho más relevante, pero prestada con la misma intensidad.

Conviene recordar lo que debo a mis colegas en la Facultad, entre otros, Alejandro Llano, Rafael Alvira, Ángel Luis González, Juan Cruz, María Antonia Labrada, Fernando Múgica, Juan Fernando Sellés y José Ignacio Murillo, que con sus acertadas observaciones me han ayudado a redactar mis escritos. Asimismo agradezco la inestimable labor de María José Franquet y Jorge Mario Posada de grabar y transcribir mis cursos. Junto a ellos, agradezco también la labor de corrección y edición de mis escritos a algunos de estos profesores entre otros como Juan A. García.

Mi estancia en Pamplona ha sido muy prolongada, pues comenzó concretamente el 29 de septiembre de 1954. Vine aquí por sugerencia de San

Josemaría Escrivá de Balaguer, primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra. Llegué en tren desde San Sebastián ya entrada la noche, y siguiendo una inveterada costumbre madrileña, llamé al sereno. Al ruido que se produjo, acudieron algunos empleados públicos, que me interrogaron sobre la razón del ruido que hacía. Ante mi explicación, contestaron que en Pamplona no había serenos. El profesor López Jacoisti me libró de este trance, bajando a abrirme la puerta.

Durante aquellas décadas, ya lejanas, Pamplona era una ciudad que no llegaba a los cien mil habitantes, y, como siempre, acogedora y con una tranquilidad que la hace muy propicia para el estudio. Aunque tiene un clima muy peculiar, en ella no tienen lugar fenómenos propios del continente americano, como los grandes seísmos y el famoso fenómeno del Niño. Además, su altura sobre el nivel del mar es mucho menor que la de ciudades como México o Santa Fe de Bogotá. De manera que la intención de residir en ella ha sido adecuada para mi dedicación académica. Es motivo de satisfacción haber contribuido en alguna medida a la elevación cultural de esta ciudad, que es actualmente una acreditada urbe universitaria, muy alejada de las trasnochadas ironías sobre el “pensamiento navarro”. Agradezco, pues, de veras, la acogida que esta tierra de Navarra me ha brindado durante todo este tiempo por medio de tan honestas personas, laboriosas y de gran corazón.

Empecé las clases al inicio del mes de octubre de 1954, explicando la asignatura de *Derecho natural*, para la que aproveché los estudios de mi primera carrera, que es la de Derecho. Sólo años después comencé a explicar en la recién iniciada Facultad de Filosofía y Letras. Desde ese entonces me he ocupado de la docencia en varias materias: *Fundamentos de Filosofía*, *Historia de la Filosofía* en sus diversas edades, *Ética*, *Psicología*, *Lógica*, *Filosofía Política*, *Teoría del conocimiento*, *Antropología*, etc., y más de 30 Cursos de Doctorado.

Durante los cursos 66-68 desempeñé la cátedra de Filosofía en la Universidad de Granada y, a partir de 1988, di también clases durante los meses de verano en universidades americanas: Los Andes (Chile), Piura (Perú), La Sabana (Colombia) y Panamericana (México). También he impartido cursos en otras universidades españolas, como la de Granada, o italianas, como la Pontificia Università della Santa Croce de Roma.

El interés prevalente de mi trabajo se ha ido desplazando desde la *Teoría del Conocimiento* a la *Antropología*. Asimismo he aportado algunos granos de arena a temas propios de asignaturas del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa, el IESE de la Universidad de Navarra con sede en Barcelona, donde he dado clase en la década de los noventa.

Mis publicaciones ascienden, de momento, a 37 libros y más de 70 artículos, la mayor parte publicados en Navarra, aunque son muchos los inéditos que guarda celosamente el Profesor Angel Luis González y, por tanto, bastante el trabajo de transcripción, corrección y publicación que llevará en la posteridad a las personas que trabajen en ese menester en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra.

El método director de mi investigación ha sido siempre lo que llamo “detectación y abandono del límite mental”, aportación que ha sido recordada en la concesión de la Cruz de Carlos III, y cuya exposición omito aquí por falta de tiempo. Tan sólo diré que permite acceder cognoscitivamente con mayor alcance al ser y a la esencia extramentales y, asimismo al ser y la esencia humanas, así como a la trascendencia divina.

Con el constante ejercicio de las diversas dimensiones de este método he intentado desarrollar los descubrimientos centrales de la filosofía clásica griega y medieval, así como proseguir por buen camino los ideales de la filosofía moderna y contemporánea sin incurrir en algunos atolladeros a los que algunos pensadores de éstas últimas épocas han abocado. Con ello, he intentado proseguir la andadura filosófica hasta donde he sido capaz, en una época marcada por una manifiesta crisis de pensamiento.

Con mi trabajo, no pretendo decir la última palabra sobre los grandes temas, sino abrir camino para que los que vengan detrás se encuentren con una senda hacedera y fructífera en la consecución de las verdades más altas, convencido —como siempre— de que la verdad siempre encomienda nuestras indagaciones, a la par que las respalda al aceptarlas y, aceptándolas, las eleva. Con todo, ahora sí debo decir una última palabra,

¡Gracias!

Leonardo Polo
Catedrático emérito de Historia de la Filosofía
Universidad de Navarra